

# LENGUA Y LITERATURA

9/2022. **Segundo de Bach.**  
Comentario literario

## TEXTO 1

Un día estaba yo triste, muy tristemente viendo cómo caía el agua de una fuente.

Era la noche dulce y argentina. Lloraba la noche. Suspiraba la noche. Sollozaba la noche. Y el crepúsculo en su suave amatista, diluía la lágrima de un misterioso artista.

Y ese artista era yo, misterioso y gimiente, que mezclaba mi alma al chorro de la fuente.

Como podemos apreciar, nos encontramos ante un poema dividido en tres estrofas, que refleja a su vez una estructura en tres partes: dos versos pareados, un cuarteto que rima también de dos en dos en versos llanos y, por último, como cierre, volvemos al pareado mediante una rima en *-ente* que se conecta con la estrofa primera. Esta repetición hace que el poema tenga casi una estructura de canción, lo que le da al autor cierta libertad compositiva que se aprecia también en el tipo de verso: los dos primeros versos tienen una métrica poco usada, como es la de 13 sílabas, siempre que mantengamos la sinalefa: Un-dí-a esta-ba-yo.tris-te-muy-tris-te-men-te. Sin

embargo, en la siguiente estrofa encontramos ya versos alejandrinos, muy característicos de la poesía modernista. No parece, por tanto, que el autor haya querido escribir este texto siguiendo el esquema clásico de la poesía. La idea de una cierta ruptura de lo tradicional es habitual en la poesía de finales del XIX y principios del XX.

El poema comienza con un recuerdo, que se marca con el uso de un verbo en pretérito imperfecto: “un día estaba yo triste”. En seguida aparece el primer adjetivo “triste” que se intensifica de manera inmediata con el adverbio correspondiente “tristemente”. Nos situamos entonces ante un episodio del pasado, estático además, en el que el autor recuerda un leve y anecdótico momento en el que observaba el fluir de una fuente. Apreciamos ya aquí una leve aliteración: Triste, tristemente, fuente... que nos aporta esa sensación de goteo lento y marcado.

La segunda estrofa, más larga, continúa en el pretérito imperfecto “era” y tiene una función de amplificación de los sentimientos. El yo ha desaparecido por lo que pasamos a la tercera persona con varios verbos. Estamos en la noche, a la que se describe como “dulce” y “argentina”. Lo primero es una sinestesia y el segundo adjetivo hay que entenderlo como “de plata” por influencia de la luna. Es una noche plateada, por tanto, lo que implica, junto al rumor del agua cierta frialdad. El autor empieza a desplegar aquí multitud de recursos retóricos como la personificación “Lloraba la noche...”, paralelismos mediante la repetición de oraciones muy breves y, sobre todo, encabalgamientos que crean un efecto rítmico cortante: “lloraba / la noche”. Aparece aquí uno de los términos preferidos de los poetas modernistas al referirse al crepúsculo al que compara en una metáfora con una piedra preciosa como la amatista. Es sabido que la amatista es de color violeta y, como hemos visto en textos parecidos de Antonio Machado, este color tiene una connotación funeraria. En ese contexto crepuscular, nocturno y melancólico, se cita en tercera persona a un artista que llora. Es curioso el uso de un verbo culto como “diluía” que, además, va creando una rima interna con el verbo “caía” que aparece en

Será en la última estrofa donde ese artista lloroso se une con el yo del poeta: “Y ese artista era yo”, describiéndose a sí mismo como “misterioso y gimiente”. Como vemos, el poema tiene una estructura circular, de manera que este pareado se conecta con el primero no sólo por el uso de la misma rima “tristemente - fuente - gimiente - fuente” sino por la aparición del yo poético, de influencia romántica. Además, la fuente descrita se convierte en receptora de la lágrima del poeta en una especie de hipérbole pues mezcla “el alma al chorro de la fuente”. Puede apreciarse aquí una nueva aliteración.

Como es característico de los poemas modernistas, nos encontramos ante un ejercicio retórico de primer nivel donde se conjugan numerosas figuras literarias, un uso intencionadamente artístico y elevado del lenguaje, el juego con el ritmo y la sonoridad pero, al mismo tiempo, la plasmación de los sentimientos melancólicos del poeta. Desde la poesía moderna, por ejemplo ya en Baudelaire, es frecuente aludir al símbolo, es decir, tomar un objeto como referencia para explicar una idea o unos sentimientos. Esta idea de unión entre elementos externos (la naturaleza, una estatua, la noche, una fuente) procede de la imaginación romántica y tiene una gran fortuna entre los escritores del simbolismo francés y, de aquí, en el modernismo que, como sabemos, es una tendencia artística y literaria que en el mundo literario en español triunfa a partir de la publicación de Azul de Rubén Darío. La sonoridad del poema y sus juegos retóricos nos hacen pensar que este texto poético, breve e intenso, es obra de este autor nicaragüense. Se trata, por ello, de un poema claramente modernista que podemos situar ya en la última etapa del autor. Rubén Darío es un magnífico poeta de las sensaciones y de los leves momentos: más que en la grandilocuencia le interesan los pequeños detalles que conectan sensaciones íntimas con otras sensoriales y exteriores, como ocurre en el famoso poema Invierno, que se ambienta en París. Aquí basta la llegada de la noche y el sonido repetitivo de una fuente para hacer aflorar un sentimiento melancólico.

David Ferrer

Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,

¡y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos!...

#### VENUS

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.  
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.  
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,  
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,  
que esperaba a su amante bajo el techo de su camarín,  
o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,  
triumfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.

«¡Oh, reina rubia!, díjele, mi alma quiere dejar su crisálida  
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;  
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,

y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar».  
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.  
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.